

sea puede orientar a la opinión pública a su antojo, hacia un boletín de voto determinado, pues se emite en estado de hipnosis"; pone sus conocimientos al servicio del UDR (partido gubernamental, del cual es diputado), "que no posee los medios de información que corresponden a su importancia".

Arthur Conte sabe también que la política se infiltra no sólo a través de las informaciones directas (en este aspecto se desprende de Pierre Desgraupes y otros periodistas liberales que habían efectuado una experiencia de información "objetiva" con Chaban-Delmas), sino también gracias al conjunto de emisiones dramáticas, de variedades, canciones, etcétera. Para repandir el espíritu pompidoliano decide "desarrollar las fuerzas de la alegría y de la distracción", haciendo "cantar a Francia". Y haciéndola votar también. Prohibirá —con un pretexto de inscripción tardía— la campaña electoral de la Liga Comunista (trotskista) por la televisión y permitirá la aparición en la pantalla de candidatos gaullistas —incluso del propio Pompidou— fuera de sus momentos legalmente atribuidos.

Para que un amigo tan servicial llegue a "convencerse de que una televisión imparcial y leal es un elemento irremplazable para el equilibrio de todo el país y de su paz civil", tuvieron que suceder muchas cosas.

Por ejemplo, que Mitterrand se haya colocado en cabeza de los sondeos de opinión para la presidencia de la República; que dos ex primeros ministros de De Gaulle (Michel Debré y Couve de Murville) se separasen del Presidente Pompidou; que éste fracasase en su intento de modificación de la Constitución (reducción del mandato presidencial de siete a cinco años, rechazada por parlamentarios y senadores) y tantas otras murmuradas por las malas lenguas que le acusan, además, de querer "caer hacia la izquierda", reservándose el futuro.

El hombre, sin embargo, esgrime las razones generosas antedichas y supo erigirse, en los últimos meses, en el defensor intratable del actual estatuto del ORTF. Ante las amenazas de dislocación de las diversas cadenas, ante los proyectos que las empresas privadas tienen para este enorme "queso" o "pastel" (así se le llama al edificio del ORTF, por su forma y los apetitos que despierta), Arthur Conte parecía el último baluarte.

Tenía, por otra parte, a un ministro de Información, Philippe Malaud, gaullista de derechas, que le atacó por su gestión financiera. El ORTF presenta actualmente un déficit de unos ochenta y ocho millones de francos (unos mil millones de pesetas). Nada exorbitante; equivale al funcionamiento de cinco días de esa inmensa maquinaria de 17.000 empleados que es el ORTF. Pero, en abstracto, es una cifra impresionante que justificó en parte la medida.

Otro director, Marceau Lond, ocupa ya el puesto de Arthur Conte. Viene con la misión precisa de aplicar la reforma de Malaud (descentralización del ORTF, división de las tres cadenas en sectores independientes entre ellas, etcétera), antes de tres meses.

"Es el principio de la privatización del ORTF", replican los Sindicatos del ORTF que, al fin, deciden una huelga de veinticuatro horas a principios de noviembre.

Millones de franceses descubren ahora, por boca del propio director del ORTF, que su televisión está al servicio del poder. El debate que se inició con el golpe teatral de Arthur Conte no hace más que empezar.

"La crisis que acaba de estallar, concluyen los Sindicatos del ORTF, permite comprender por vez primera a la opinión pública el problema fundamental de la Radio y Televisión: su independencia y su unidad".

## LIBERTO, SE LLAMABA

PARIS.—Llegó a Argel en 1939. Tenía entonces diez años. Como tantos miles de españoles, después de pasar —como otros tantos miles— por el siniestro Argelés. Tenía entonces diez años, edad en que sin la guerra hubiera empezado el Bachillerato; comienza, en cambio, la historia de su «inadaptación».

Su padre, Emilio Mira, valenciano, militante anarquista de la columna Durruti, le había puesto el nombre simbólico y premonitorio de Liberto.

En Argel, en los primeros años de los cuarenta, no era recomendado ser ni judío, ni comunista, ni republicano español. Ellos llenaban los campos de concentración de Bogart, Cherchell y

Boghari; ellos murieron al sol, como moscas, construyendo la pista transahariana. Son páginas de la historia reciente que están por escribir.

Bajo el régimen de Vichy, los refugiados españoles no tenían derecho al trabajo. La viuda de Emilio Mira barre suelos de casa en casa; su hijo Liberto entra de aprendiz de zapatero con un plusmínimo salario. Así hasta los dieciocho años. Entonces, Liberto se nacionaliza francés, se casa y se instala por su cuenta.

La zapatería Mira es rentable mientras están los franceses en Argelia. Al empezar el éxodo hacia la metrópoli, el negocio va hacia mal y peor, llegando hasta



el cierre. Liberto se queda sin nada y con toda su familia —mujer, madre y dos hijos— a cuestas.

¿Cómo encontrar trabajo en un país donde hay millones de parados y cuando no se tiene más formación que la de zapatero? A pesar de sus ideas —nunca dejó de ser anarquista—, Liberto se ve obligado a aceptar lo único que encuentra: CRS (Compañía Republicana de Seguridad, policía de choque).

Ni él ni la policía podían ser muy exigentes en aquel entonces: el uno tenía que mantener a su familia, y la otra carecía de hombres dispuestos a luchar contra la OAS (Organización del Ejército Secreto). Llegan ambos a una especie de arreglo: la policía «ignora» las ideas de Liberto, y él será leal mientras no le encarguen misiones que vayan contra sus convicciones.

Este «modus vivendi» se mantiene hasta 1962. Con la independencia de Argelia, la policía y el ejército franceses se repliegan a la metrópoli. Liberto es destinado a París, y a París le sigue su «dossier» marcado con un círculo rojo: anarquista, hijo de anarquista. Cuidado. Contrato renovable cada seis meses.

Hasta 1968, Liberto consigue conciliar su concepción del mundo con su trabajo diario. Pero llega la revolución de Mayo, se instala la contestación, comienza el «malestar de la policía» y se le presentan las primeras crisis de conciencia serias. Tanto más cuanto que sus superiores olvidaron —o no podían mantener ya— el arreglo establecido en Argel. Liberto tendrá que reprimir las manifestaciones como los demás. Se las apañará, sin embargo, para discutir con

los estudiantes, en lugar de golpearlos sistemáticamente. Se da de baja varias veces durante quince días, por enfermedad, y se dedica a otras actividades: agente de seguros, representante de comercio, etc. Pero, ¿dónde va a encontrar un piso (el suyo —tres piezas, cocina, cuarto de baño— pertenece a la administración de la policía) y un salario fijo? Ahora ya tiene tres hijos. Vuelve cada vez a la policía y cada vez solicita una afectación a servicios pacíficos o humanitarios, tales como asistencia a heridos, agente de la circulación, etcétera. Sueña incluso con hacerse bombero. Fue su última gestión infructuosa.

Al fin, Liberto toó con un superior que no apreciaba nada tanto humanismo. Lo afectaba sistemáticamente en las misiones más contradictorias con sus ideas. «Hace quince días —dice su mujer— se pasó tres horas en el despacho de este comandante. Cuando volvió a casa estaba muy deprimido. Me repetía: "No lo comprendo. Trato de hacer mi oficio lo mejor que puedo. ¿Por qué me odian tanto?"».

Según el informe de la policía, el sábado 29 de septiembre, Liberto se hallaba en el coche celular leyendo el periódico. Se lo dio a su compañero, sacó su pistola automática del 7,65 y se pegó un tiro en la sien.

Días antes había escrito en una agenda: «No será un suicidio; será un asesinato».

La Prefectura de policía explica que Liberto estaba aislado tanto de la base como de sus superiores.

Que era inestable. E inadaptado. ■ RAMON CHAO. Foto: MOURET.